

**CELEBRAR MEJOR Y PROFUNDIZAR
LA EUCARISTÍA DEL DOMINGO**



AÑO SACERDOTAL 2009-2010

DELEGACIÓN DE LITURGIA

DIÓCESIS DE GETAFE

CELEBRAR MEJOR Y PROFUNDIZAR EN LA EUCARISTÍA DEL DOMINGO

Artículo publicado en *GOZO Y ESPERANZA. Memorial Prof. Dr. Julio A. Ramos Guerreira, Bibliotheca salmanticensis, Estudios 285*. Universidad Pontificia de Salamanca, 2006. Por el Dr. en Sagrada Liturgia D. RAMIRO GONZÁLEZ COUGIL, Profesor del Instituto Teológico de Ourense.

Vivimos un año "providencial", por muchos acontecimientos de trascendencia para la Iglesia universal y que coincide con el "Año de la Eucaristía". El Papa Juan Pablo II ha hecho una llamada entusiasta a celebrar de octubre de 2004 a octubre de 2005 este año especial de la Eucaristía (1). No se trata de algo improvisado, sino de un tema y una invitación a vivir de la verdadera "fuente y culmen" de la vida y la misión de la Iglesia. Según la mente del Papa de feliz memoria es un año "síntesis"(2), que nos sitúa en la entraña y el corazón de lo que Cristo nos dejó y nos mandó celebrar como memorial eterno de su sacrificio en la Cruz y banquete sacrificial de comunión. El "Año de la Eucaristía" ha tenido su primer hito destacado en la celebración del *Congreso eucarístico internacional* del 10 al 17 de octubre de 2004 en Guadalajara (México) (3). Terminará con el Sínodo de Obispos en el mes de Octubre de 2005. Pero, el Papa Juan Pablo II estableció también una relación estrecha entre esta "Año" y la Jornada mundial de la Juventud celebrada en agosto en Colonia, con la participación de Benedicto XVI y el lema "Venid a adorarlo". Para este año se ha concedido una indulgencia con determinadas condiciones(4).

La Eucaristía es "la fuente y cumbre" de la vida y la misión de la Iglesia (SC 10; LG 11; PO 5; *Eucharist. Mysterium* 6 (5); *Catecismo de la Iglesia Católica* (= CCE) nn. 1324-1327 y *EdE* nn. 1; 22; 31).

El *aserto* referido es ya clásico en la mayoría de los documentos conciliares y posconciliares. Quisiera *desgranar sólo algunas de sus connotaciones* más importantes:

- En SC 10 se afirma de toda la liturgia y se concreta en la Eucaristía, como expresión máxima. La Eucaristía es "cumbre" a la que *tiende* la actividad de la Iglesia y, sobre todo, los trabajos apostólicos a partir del bautismo, continuando en la asamblea que alaba en Iglesia y participa en el banquete y el sacrificio del Señor. A la Eucaristía *se ordenan* todas las obras que se destinan a la santificación de los hombres y la glorificación de Dios. Y la Eucaristía es "fuente" de donde *mana* toda la fuerza (gracia) de la Iglesia. La Eucaristía, como liturgia, *impulsa* a los fieles, alimentados con ella, a vivir en coherencia con lo celebrad, a ser testigos vivos en el mundo de lo que han recibido en la fe celebrada. Esto mismo lo encontramos más desarrollado en el CCE nn. 1324-1327; cf. 864; 775; 1090; 1124) (6).

Se podría expresar brevemente así: "¡Cristiano, se lo que has celebrado o lo que has sido hecho, por la fuerza del misterio!". Con el "Ite Missa est" (7) y la despedida actual de la comunidad, por parte del sacerdote, se quiere expresar esto. El cristiano, terminada la Eucaristía, es enviado a la vida (8). Allí su cometido es *ser entre los hombres* lo que Cristo se ha hecho para él en toda la "actio liturgica" y lo

que, unido a Él, *ha sido constituido* por la fuerza de la gracia de Cristo en el Espíritu Santo: ofrenda inmaculada, víctima viva para alabanza de Dios, trigo molido y cocinado con / por Cristo para gloria del Padre y alimento de salvación para los hombres. La Eucaristía "enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo" (SC 10). En esa caridad se incluye todo: la misión, la evangelización, el apostolado, la caridad ferviente recibida de la Trinidad en orden al bien, la verdad y la salvación de todos. "Por tanto... sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios..." (SC 10). Esto sería desarrollado en distintos aspectos por documentos posteriores de los Papas y de la reforma-renovación litúrgica.

- LG 11, arranca de la participación "del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana". Los fieles "ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella". La Eucaristía es acción de todos los fieles, pero acción sacrificial-ofertorial de Cristo y de ellos con la Víctima inmaculada. Cada cristiano, según su orden, su ministerio o función *ofrece y se ofrece* con Cristo y la Iglesia al Padre. Nadie es meramente espectador; todos son actores. Y ya porque *ofrecen*, ya porque *comulgan* tienen todos su "parte propia". Además, "confortados con el cuerpo de Cristo" en la Eucaristía, "muestran de un modo concreto la unidad del pueblo de Dios, significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo sacramento". La Eucaristía *fortalece y consuela*, porque en ella se recibe también al Espíritu Santo (EdE nn 24; 23) Y muestra la comunión de toda la Iglesia, significada magníficamente por este sacramento (EdE, capítulo IV).

- PO 5 destaca la *íntima trabazón* de los sacramentos, ministerios eclesiales y obras de apostolado con la Eucaristía y la *ordenación* a la misma. En ella "se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia... , Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo" (9). Por esto, es culmen y fuente. "La Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda la *predicación evangélica*". Los catecúmenos y también los fieles son conducidos poco a poco a su participación. "Sellados ya por el sagrado bautismo y la confirmación, se insertan por la recepción de la Eucaristía, plenamente en el Cuerpo de Cristo". Sigue diciendo este número: "...la sinaxis eucarística (es) el centro de toda la asamblea de los fieles que preside el presbítero". La reunión de la Iglesia orante tiene su centro, no su todo, en la Eucaristía.

Las *consecuencias* que brotan de lo dicho y que establece esta número son: los presbíteros deben enseñar "a fondo" a los fieles a *ofrecer* la Víctima divina a Dios Padre en la Misa y a *ofrecer* "su propia vida" junto con aquella; les *instruirán* para que celebren el sacramento de la reconciliación; *enseñenles* a *participar* en las celebraciones litúrgicas para suscitar en ellos "sincera oración"; *llévenlos* "como de la mano a practicar durante toda la vida un espíritu de oración cada vez más perfecto, según las gracias y necesidades de cada uno "; se refiere también al cumplimiento de los deberes del propio estado y a los "más adelantados" en el seguimiento de los consejos evangélicos (vocaciones consagradas); *instruyan* a los fieles "para que pue-

dan cantar en sus corazones al Señor con himnos y cánticos espirituales, dando siempre gracias por todo a Dios y al Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo".

* La *Instrucción "Eucharisticum Mystrium "* (25- V-1967) n 6, es una *bella síntesis* de este aspecto de la Eucaristía, como centro de la vida cristiana. Lo mismo se diga del CCE 1324-1327), que titula este apartado: "La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida eclesial".

1. ELEMENTOS PARA UNA SÍNTESIS SOBRE LA EUCARISTÍA

Pretendo ofrecer ahora *algunas líneas y claves* para una *síntesis* de la globalidad de contenidos, dimensiones y ritual litúrgico de la Eucaristía. En ningún libro se puede encontrar toda esta riqueza mejor que en los libros litúrgicos con los que se celebra: Los leccionarios, el Misal, el libro de la sede (aunque no es propiamente litúrgico), el de la Oración de los fieles, los cantorales, etc. Los documentos previos (las Constituciones Apostólicas, OGMR, OLM, los prenotandos, etc.), el cuerpo celebrativo (lecturas y textos eucológicos) y las rúbricas. Éstas son las *fuentes* más destacables.

El conocimiento de estas *fuentes* pertenece a lo que el presbítero debe cultivar *como su especialidad*. Llamamos aquí a la responsabilidad de los pastores en orden a poner en práctica el "*ars celebrandi*" (10) tan necesario para que la Liturgia y, de modo especial, la Eucaristía llegue a ser fuente de vida cristiana y cumbre de todas las actividades de la Iglesia.

Quisiera añadir a esto, algunas *claves*, que no hago más que presentar, para que, en otra ocasión, sean desarrolladas. Desde ellas se puede entender mejor la Eucaristía y llegar a integrar todos sus elementos y contenidos.

El Papa Juan Pablo II apoyándose en *EdE* dice: "...es importante que ninguna dimensión de este sacramento permanezca olvidada... siempre está presente en el hombre la tentación de reducir la Eucaristía a sus propias dimensiones, mientras que, en realidad, *es él quien debe abrirse a las dimensiones del misterio*. "La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones" (MND 14; *EdE* 10). Subrayo lo de *no olvidar* ninguna dimensión de la Eucaristía; *no reducir* la Eucaristía a las dimensiones únicamente humanas. Es *algo divino* en primer lugar, nos trasciende y *reclama la apertura* del hombre al misterio de Dios (*EdE* 5-9 y todo el capítulo I); es un don tan grande que no admite ni reducciones (que empequeñecen) ni ambigüedades (que desfiguran y tergiversan) ni subjetivismos que empobrecen una realidad objetiva y que nos viene dada. Habría que añadir que tampoco admite superficialidades, arbitrariedades como las que denuncia la Instrucción "Redemptionis Sacramentum" (11).

1.1. LA EUCARISTÍA, MISTERIO, ACCIÓN (CELEBRACIÓN) Y VIDA

Es una *síntesis* (12) de lo que comporta la Eucaristía en tres conceptos substanciales. La Eucaristía encierra un "mysterion" (13), que es la Historia de la salvación, con su cumbre en el Misterio pascual de Cristo. Por él continúa haciéndose

presente la obra de la redención mediante signos, en el aquí y ahora. Además se celebra siempre esperando que Él vuelva.

La Eucaristía es *acción o celebración* del misterio, realizada por Cristo, orientada al Padre, en el Espíritu Santo y en la Iglesia. Es una acción comunitaria, jerárquica, ministerial, en clima festivo y en función de los creyentes. Es una acción eminentemente ritual y sacramental (14).

La Eucaristía es *vida*, la vida de Dios, ofrecida por Cristo en el Espíritu Santo para salvación eterna y total. Implica la vida de la comunidad y de cada fiel, transformada por la virtud del espíritu Santo y vivida en la comunión con la Trinidad (15).

Las *tres* perspectivas se necesitan, complementan y permiten englobar toda la riqueza compleja de la Eucaristía. No se trata de un esquema o síntesis que encorseta el contenido profundo y complejo de la celebración eucarística, sino de un cauce o medio para encuadrar y poder valorar todos los aspectos y contenidos de la celebración eucarística. También el culto a la Eucaristía fuera de la Misa se encuadra bajo las tres claves antes indicadas.

1.2. "EN LA EUCARISTÍA SE SINTETIZA LA TRIPLE LEY DE LA LITURGIA, DE MODO PREEMINENTE: LA "LEX ORANDI, LEX CREDENDI" Y LA "LEX VIVENDI" (16)

Esta *síntesis* aplicada respecto a los dos primeros miembros, el P. Triacca la extendió a la "lex vivendi". Explicada brevemente sería: La fe que *crea* la Iglesia sobre la Eucaristía, es la que viene determinada por la "lex orandi" o la que la misma Iglesia entera y "católica" *profesa* en su oración, que constituye la celebración de la Eucaristía. Es la fe *orada y celebrada*, la que la Iglesia *profesa y expresa* en sus dogmas y "credos".

Por eso, la Iglesia no tiene poder sobre los aspectos inmutables de la Eucaristía (aquellos que proceden de su fundador SC 21). Y de la fe *profesada* en la Eucaristía y *formulada* en su doctrina y catequesis, la Iglesia *vive*. La realidad lógica es primero la fe divina explicitada en los dogmas o "credos", luego expresarla celebrándola en la liturgia para llevarla íntegramente a la vida. Para entender y abrazar toda la riqueza de la Eucaristía es preciso unir: la fe *celebrada* (acción litúrgica eucarística), la fe *formulada* a partir de la sagrada Escritura en la Tradición y el "Credo" de la Católica (Magisterio y Concilios) y la fe *vivida* por el entero pueblo de Dios en comunión con sus pastores y el Papa, a lo largo de los siglos. Estos *tres* polos constituyen el contenido global de la fe, que la Iglesia celebra y profesa en la Eucaristía.

1.3. LA RIQUEZA DE LA EUCARISTÍA SE PUEDE EXPRESAR EN ESTA TERNA CONCEPTUAL: ANÁMNESIS, EPÍCLESIS y METHESIS

La Eucaristía es, ante todo, *memorial* (17) de la Pascua del Señor o recuerdo objetivo de su pasión, muerte y resurrección. La Iglesia la realiza, siendo el sacerdote

ministro que actúa "in persona Christi Capitis" y en obediencia al mandato de Jesús: "Haced esto *en memoria* mía".

Pablo nos recuerda: "Cada vez que coméis del pan y bebéis de la copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva". El memorial (anámnesis) es actualización del misterio pascual y proclamación real (eficaz) de su muerte y resurrección hasta que vuelva.

En el memorial se integra a la vez el sacrificio convivial (sacramento del sacrificio de Cristo) y el convite sacrificial. En él se actúa la presencia real de Cristo y su dimensión escatológica. Pero la Eucaristía es también *epiclesis* (18) o invocación del Espíritu Santo para que santifique la ofrenda de Cristo sacrificado y de los cristianos, alimentados con el cuerpo eucarístico del Señor. La acción eficaz y consagrada por el Don de la Pascua de Jesucristo, tiene lugar sobre los dones del pan y del vino, para *eucaristizarlos* y sobre el pueblo celebrante, para santificado y unido a la Víctima pascual, Cristo.

Pero la Eucaristía debe ser también *methesis* (19), es decir participación activa, fructuosa, consciente, interna y externa de los fieles en la acción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en orden a configurarse con lo que reciben. Por la *methesis* todo el pueblo celebrante, según su orden, ministerio o función entra en la profundidad del misterio celebrado, para vivir de él y testimoniado en la vida entera.

La *methesis* en la Eucaristía es: acogida de la Palabra (silencio), acogida de la misericordia de Dios, aclamación de sus maravillas, proclamación de su amor, comunión en el sacrificio, comunión en la oblación, acción de gracias con Cristo al Padre, comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor y vivencia de su ardiente caridad hacia los hermanos.

La *methesis* implica el compromiso en el *antes*, *en* y *después* de la celebración eucarística. La Vida que brota de la Eucaristía va, como en el mar las olas, de dentro a fuera (del *en* al *después*) y de fuera a dentro (del *antes* al *en*).

Así, por la participación fructuosa en la Eucaristía (medio y objetivo a la vez) la persona y la comunidad entran en la *Vida* del *misterio* y se alimentan mediante la *celebración*. Después de la celebración, la gracia recibida en el misterio potenciará las 24 horas del día (la vida entera), es la actuación del sacerdocio bautismal (20) (en los distintos estados y profesiones).

1.4. PARA LOS SACERDOTES LA EUCARISTÍA PUEDE MUY BIEN RECAPITULARSE EN TORNO A TRES CONCEPTOS CLAVES: MISTERIO, MINISTERIO Y MISIÓN

Tanto el *sacerdocio ministerial* como la *Eucaristía* pertenecen a las realidades sacramentales, encierran el plan eterno de Dios y el *misterio* Pascual de Jesucristo es su punto culminante. Se manifiestan y esconden en signos y símbolos visibles. Reclaman la fe para ser captados en su auténtica realidad.

La *Eucaristía* y el *sacerdocio ministerial*, como realidades que pertenecen al *misterio*, nacieron juntos, en la última Cena (*EdE* 5; 7; 29-33). Eucaristía y sacerdocio ministerial (21) se reclaman necesariamente. No puede haber Eucaristía

completa si no hay sacerdote ministerial. Y la Eucaristía es centro y cumbre del sacerdote y lo más grande que el sacerdote ministerial puede realizar (*EdE* 31).

Ambos son "*don y misterio*" (*EdE* 7; 31-33). Eucaristía y ministerio sacerdotal, en cuanto *misterio*, son realidades centrales para la vida espiritual del sacerdote, para el bien de la Iglesia y del mundo. De ahí la importancia de celebrar la Eucaristía diariamente (*EdE* 31).

En *ministerio* sacerdotal es para el servicio de Cristo y la comunidad cristiana. En este sentido, el sacerdote hace referencia a Cristo, único y eterno Sacerdote, de quien es sacramento (del que participa) y en cuya persona actúa (*Redemp. Sacr.* 30).

Pero hace referencia también a la Iglesia, por la ordenación y la conexión con el ministerio apostólico (22), en el que se apoya y que, de algún modo, (en segundo grado) representa. En la Eucaristía es donde el presbítero alcanza la cumbre de su ejercicio *ministerial*, actuando "in persona Christi Capitis" (23), "en nombre de toda la Iglesia" (24) y en bien de todos los hombres.

En la persona del presbítero y del Obispo, *misterio y ministerio* van íntimamente unidos como dos realidades que se necesitan, se armonizan y se autoalimentan. Por lo que respecta a la Eucaristía, esto es todavía más profundo y culminante: El sacerdote *ministerial* no puede vivir sin la Eucaristía (mesa de la Palabra y mesa del Cuerpo y la Sangre del Señor). Si de ella vive la Iglesia (*EdE* 1;7), de ella deben vivir los pastores y ministros de la santificación de la Iglesia. Pero además, la Eucaristía "plena" no puede confeccionarse si no es por medio del sacerdote *ministerial* (*EdE* 5; 29).

El *misterio* se hace presente y "crece" (25) por el *ministerio*. De la Eucaristía, celebrada por el sacerdote *ministerial*, arranca, de modo especial, la *misión* pastoral de pastores y fieles. Como hemos indicado en SC 10, "la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo". La DD titula el n 45: "De la Misa a la misión". Sobre todo, de la misa dominical deriva un compromiso de evangelización, de ser testigos, de comunicar a los demás lo recibido. En este sentido la MND cap. IV titula: "La Eucaristía principio y proyecto de misión".

El Papa Juan Pablo II lo concreta en: la "... urgencia de testimoniar y de evangelizar", de animar cristianamente a la sociedad (n. 24); la Eucaristía no sólo da la fuerza interior, sino que, en cierto sentido, ofrece el "proyecto" o programa (pequeña programación) que irradia de Jesús a los fieles y, por el testimonio, quiere llegar a la sociedad y a la cultura (n. 25); dar gracias a Dios, en un mundo laicista, sin miedo y sin aceptar que, la referencia pública a la fe pueda mermar la justa autonomía "del Estado y de las instituciones civiles" (*Ibid*) (26).

Quien dice "gracias" como Cristo "podrá ser un mártir, pero jamás será un verdugo" (n. 26); la Eucaristía ha de crear un "proyecto de solidaridad para toda la Humanidad" (n. 27), quien participa en la Eucaristía ha de hacerse "promotor de comunión, de paz, de solidaridad en todas las circunstancias de la vida (n. 27); de la Eucaristía debe brotar un compromiso de servicio (al estilo de Cristo en el lavatorio de los pies) a los más pobres y a los que sufren. Éste es el *criterio básico* que señale la autenticidad de nuestra Eucaristía.

De este modo, desde la Eucaristía se aúnan y comprenden mejor estas *tres claves* importantes: el misterio, ministerio y misión.

1.5. OTRA SÍNTESIS SOBRE LA GLOBALIDAD Y RIQUEZA DE EUCARISTÍA

a. La Eucaristía, memorial de la Pascua del Señor, donado por Cristo a la Iglesia

La noche en que iba a ser entregado. La Iglesia lo celebra obedeciendo a un *mandato* de su Señor. En las palabras y ritos de la Eucaristía, presidida por el ministro ordenado, se *actualiza* el misterio de pasión y muerte del Señor. El memorial es *objetivo, sacramental* y, por eso *actualiza* lo que significa: la pasión, muerte y resurrección del Señor "hasta que vuelva" (Cf. CCE 1362-1372; *EdE* nn. 3; 5; 11; 14).

b. Del memorial deriva la condición sacrificial de la Eucaristía

Se hace presente el sacrificio de la Cruz, por el que Cristo entregó libremente su vida como ofrenda agradable al Padre, para el perdón de los pecados de los hombres. Es un *sacrificio sacramental*, en el que Cristo se entrega hoy con la misma voluntad al Padre, pero permaneciendo glorioso y resucitado bajo los signos, conservando las señales de la crucifixión en su cuerpo glorioso. En la Misa tiene lugar la representación la *representación sacramental* de la pasión y muerte de Cristo, anticipada por Él mismo en la última Cena y confiada para siempre a la Iglesia (cf. CCE 1366-1372; Carta "Dominicae Cennae" (= DC) n. 9; *EdE* nn. 12-16). Pero es también el sacrificio *de la Iglesia*, Cuerpo de Cristo, que se ofrece con Él (Cf. CCE 1368-1371).

c. Del memorial deriva la condición de convite de la Eucaristía, fruto del sacrificio

En la institución de la Eucaristía, en la última Cena, Jesús entregó su Cuerpo (bajo las especies de pan) y su Sangre (en el cáliz de bendición) como comida y bebida. Dijo a los apóstoles: "Tomad y comed... Tomad y bebed"... La Eucaristía es el banquete pascual¹, inseparable del memorial sacrificial¹ (CCE nn. 1382-1389; *EdE* nn. 12; 16-17). La Eucaristía como convite es para comulgar, para tener y acrecentar la vida de Dios en nosotros. Pero en la comunión no sólo comulgamos con el cuerpo *eucarístico y sacrificado de Jesús*. También ¹⁰ hacemos con su *Cuerpo eclesial*, formado por todos los bautizados (*EdE* nn. 40-41; 34; 23-24).

d. La Eucaristía es también acción de gracias y alabanza al Padre

En la Cruz es donde Cristo rindió el culto de alabanza y glorificación al Padre, por el que se restableció la Alianza rota por el pecado (SC 5). En ella damos gracias al Padre por la obra de la creación; toda la creación amada por Dios es presentada al Padre por la muerte y resurrección de Cristo. La Eucaristía es por antonomasia la acción de gracias al Padre por la obra de la creación; toda la creación amada por Dios

es presentada al Padre por la muerte y resurrección de Cristo. Por la Eucaristía la Iglesia da gracias al Padre, lo bendice y expresa su reconocimiento por todos los beneficios realizados en la creación (que sigue en acto), la redención y santificación (Cf. CCE nn. 1359-1360; 293; 1083; 1361; 294).

Eucaristía (del verbo griego "eucharistein") significa ante todo, dar gracias, alabar, proclamar las maravillas de Dios. Cristo en la Eucaristía une así a los fieles a su alabanza e intercesión. Así, el sacrificio de alabanza al Padre es ofrecido *por* Cristo, con Él y para ser aceptado en Él (Cf. CCE nn. 1361; 294).

e. En la Eucaristía es substancial la presencia real de Jesucristo por el poder de su palabra y la virtud del Espíritu Santo

Cristo está presente en su Iglesia de diversos modos (Cf. SC n. 7). En la Eucaristía está *realmente presente* en la asamblea, en el ministro ordenado que actúa "in persona Christi Capitis", en la Palabra proclamada y en las *especies eucarísticas*, de modo singular (Cf. CCE 1373-1374). En las especies se contiene verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre, el alma y la divinidad de Cristo y, por ello, Cristo entero (cf. CCE 1374; 1211; *EdE* n 15; MND 16). Esto supone la fe de la Iglesia en la eficacia de la Palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo, para obrar la conversión de los dones en el Cuerpo y Sangre del Señor. Esta presencia dura desde la consagración, mientras duren las especies eucarísticas (Cf. CCE nn. 1376-1377).

f. La Eucaristía comporta una tensión escatológica y anticipa la Cena definitiva del Señor

Ella es también "la anticipación de la gloria celestial" (Cf. CCE 1402; cf. 1130; *EdE* nn 18-20). La Iglesia celebra el misterio de su Señor "hasta que él venga" y "Dios sea todo en todos" (1 Co 11,26; 15,28). En la Eucaristía se actualiza el deseo de Jesús en la última Cena: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros... hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios" (Lc 22,15-16). De modo especial, en la Eucaristía, "la Iglesia recibe ya las arras de su herencia, participa ya en la vida eterna, aunque "aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y salvador nuestro Jesucristo (Tt 2,13). En la Eucaristía, de modo especial, "El Espíritu y la Esposa dicen: "¡Ven!... ¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22,17.20; CCE 1130; cf. 1403-1405; 2817).

g. De la presencia real de Cristo, en las especies eucarísticas, brota el culto a la Eucaristía en la misa y fuera de ella

Es otro aspecto que es preciso destacar y cultivar. La Iglesia adora las sagradas especies arrodillándose, inclinándose profundamente, conservando con cuidado las sagradas formas para comulgar los moribundos y enfermos, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad. En el momento presente es importante de modo especial orar silenciosamente ante el sagrario, cayendo en la cuenta del don de

un Dios Enmanuel, Dios-con-nosotros, que desea dialogar con los hijos de los hombres. También tiene su significado llevar la sagrada forma procesionalmente por las calles, para testimoniar esta presencia del Hijo de Dios en medio de las moradas de los hombres (Cf. CCE 1378-1381; cf. 1178; 103; 2628; *EdE* 25; DC 3; MND 18).

2. LA EUCARISTÍA DOMINICAL

Vamos a *centramos ahora* en la Eucaristía del domingo, "día del Señor" o "señor de los días"(27). La referencia necesaria e debe hacerse a SC 106. El día del Señor es el que observa la Iglesia "por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo". Cada ocho días (ritmo semanal), la Iglesia, en el domingo, "celebra el misterio pascual". El domingo no puede equipararse ni sustituirse por otro día de la Semana, es "señor de los días" y es "el día del Señor". Por eso, los cristianos no pueden dejar de celebrarlo, aunque ello suponga la persecución y el martirio (28). La praxis, la reflexión de la Iglesia y la catequesis insistió mucho siempre sobre esta condición "primordial" del domingo; pero fue durante los *seis primeros siglos*, cuando se insistió sobre los contenidos, el sentido y significado de su celebración para los cristianos.

La magnífica *síntesis* de Juan Pablo II en la DD (31- V-1998), sobre el "Día del Señor" es de lectura obligada para empaparse en la riqueza misteriosa, litúrgica, teológica, espiritual y pastoral. Los *cinco capítulos* en que estructura el documento ya nos sugieren la amplia panorámica: I "Dies Domini" (Celebración de la obra del Señor); II "Dies Christi" (El día del Señor resucitado y el Don del Espíritu); III "Dies Ecclesiae" (La asamblea eucarística, centro del domingo); IV "Dies hominis" (El domingo, día de alegría, descanso y solidaridad); V "Dies dierum" (El domingo, fiesta primordial, reveladora del sentido del tiempo).

El significado y contenido del "día del Señor" es el que reclama, en los comienzos de la Iglesia, la "sinaxis" o reunión de todos los cristianos. Sigue diciendo SC 106: "En este día, los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los *hizo renacer a la viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos* (1 Pe 1,3)".

La DD en el cap. II *repasa* la "sinaxis" eucarística, acto central, pero no único, del domingo. Destaca la *presencia del Resucitado* que convoca y reúne a su comunidad, construyendo su identidad de "ekklesía": comunidad reunida por la muerte de Cristo (es una unidad en la pluralidad) (n. 31).

La Eucaristía *expresa* la realidad de la Iglesia, pero además es como su "fuente" (n. 32). La Eucaristía dominical "nutre y modela a la Iglesia" (n. 32). Por la Eucaristía, el misterio de la Iglesia es *anunciado, gustado y vivido* de manera insuperable" (n. 32; VQA 9). La Eucaristía dominical "expresa de manera particular" la dimensión intrínsecamente eclesial de la misma. Por eso, el CCE 2177 dice: "la celebración dominical del día y de la Eucaristía del Señor tiene un papel principalísimo en la vida de la Iglesia".

Es en la misa dominical, donde los cristianos "reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los Apóstoles la tarde de Pascua,

cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos (cf. Jn 20,19)". Se trata de tener *la experiencia viva* de que Jesucristo ha resucitado y está en medio. Existe una "relación íntima entre la manifestación del Resucitado y la Eucaristía" (n. 33).

La Eucaristía dominical "no tienen en sí misma un estatuto diverso ... , ni es separable de toda la vida litúrgica y sacramental" (n. 34). Es como toda Eucaristía "una epifanía de la Iglesia" (n. 34; VQA 9) y más en tomo al Obispo. Con todo, la Eucaristía dominical con la *obligación* de la presencia de la comunidad y la *especial solemnidad* que la caracteriza por celebrarse en el "día del Señor", "subraya con nuevo énfasis la propia dimensión eclesial, quedando como *paradigma* para las otras celebraciones eucarísticas" (n. 34). En ella *se realiza concretamente el misterio de la Iglesia* y "se abre a la comunión con la Iglesia universal" (*ib.*).

Esta Eucaristía es la más "vital o formativa para la comunidad" (n. 35). Por ella y en ella *ha de impulsarse* "el sentido de comunidad parroquial" (n. 35; SC 42) en tomo al Obispo y al párroco (cf. n. 35; EM 26). Por eso, se desaconseja la misa con grupos especiales o pequeños (n. 36) y la coordinación de las misas, que normalmente tienen lugar en otras iglesias y capillas (n. 35).

La asamblea dominical es "un lugar privilegiado de unidad", donde se celebra "el sacramentum unitatis" que caracteriza profundamente a la Iglesia, pueblo reunido "por" y "en" la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (n. 36). Ahí, las familias *viven su condición de "iglesias domésticas"*; se ha de *recordar a los padres* que eduquen a sus hijos para la participación en la Misa del domingo. Los *catequistas* han de ayudar en esta labor (n. 36).

La misa dominical de la parroquia *debe integrar* a los grupos, movimientos, asociaciones y pequeñas comunidades religiosas. Así experimentarán "lo que es más profundamente común para ellos" (n. 36). Se ha de "salvaguardar y promover plenamente la unidad de la comunidad eclesial". A la luz de esto, *habrá que juzgar* la multiplicación de misas en una parroquia y la celebración de la misa de un sacerdote con un grupo pequeño de fieles, cuando hay parroquias que no pueden tener misa el domingo.

La Eucaristía dominical, celebrada según el ritmo semanal, *recuerda a todos los fieles* "el carácter peregrino y la dimensión escatológica del pueblo de Dios" (n. 37). La Iglesia, al reunirse en la Eucaristía dominical, *manifiesta más claramente* "su carácter sponsal" (n. 37), pues acude a la cita con el "Esposo", el Cristo resucitado que se hace presente, le habla y le alimenta. Pero también "anticipa de algún modo la realidad escatológica de la Jerusalén celestial" (n. 37).

La Iglesia en la Eucaristía dominical educa a sus hijos para "la espera del divino Esposo" y hace un "ejercicio del deseo" de llegar a la meta, mientras "prueba el gozo de los nuevos cielos y de la nueva tierra" (n. 37; cf. 38; Ap 19,9; 21,2). La comunidad cristiana está, en la Eucaristía del domingo, a la espera de "la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo" (n. 38).

Y esta esperanza cristiana "es fermento de luz de la esperanza humana misma" (n. 38). En la oración universal, une a la esperanza cristiana las necesidades de toda la humanidad y muestra que hace suyos los gozos, las esperanzas, las tristezas y la angustia de todos los hombres (n. 38; cf. GS 1). Y así, por la ofrenda de la Eucaristía (dominical), el anuncio del Evangelio y la práctica de la caridad (durante toda la

semana), la Iglesia manifiesta, casi con evidencia, que es "como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (n. 38; cf. LG 1).

En la Eucaristía dominical (como en toda Eucaristía) el *encuentro con el Resucitado* tiene lugar en la *doble mesa*: de la Palabra y del Pan de vida (29).

- La *primera* ofrece "la *comprensión* de la historia de la salvación y particularmente, la del misterio pascual que el mismo Jesús resucitado dispensó a los discípulos" (n. 39). En la Palabra hay una presencia real de Cristo (SC 7; 33). Aquí debemos referirnos necesariamente a la *catequesis mistagógica* de las SP de la CCDS. La Iglesia manifiesta su fe en esta presencia cuando dice: ¡"Palabra de Dios"! y ¡"Palabra del Señor"! (30).

El Concilio ha pedido que esta mesa de la Palabra se enriqueciera con más abundancia y amplitud para los fieles, abriendo más los tesoros bíblicos (n 39; cf. SC 51). La reforma 10 hizo así presentando magníficos Leccionarios bíblicos para los domingos, solemnidades y fiestas, tres lecturas. ¿Hemos asimilado los pastores esto? Cuando se nos pide ofrecer con abundancia esta palabra de Dios ¿no tenemos la tentación de recortada? ¿Nos preocupa que el pueblo la reciba y la entienda? (31).

El Concilio y la reforma ha pedido que en los domingos y días de precepto "no se omita la homilía si no es por causa grave" (n. 39; cf. CDC nn. 767, 2). La homilía acerca, ayuda a entender y desmenuza para los fieles "aquí y ahora" el alimento de la Palabra de Dios. Pablo VI, refiriéndose a estas disposiciones de la reforma y a la abundancia de lecturas ofrecidas en domingos y días festivos, escribe: "Todo esto se ha ordenado con el fin de aumentar cada vez más en los fieles el hambre y la sed de escuchar la palabra del Señor" (cf. Am 8,11) que, bajo la guía del Espíritu Santo, impulse al pueblo de la nueva alianza a la perfecta unidad de la Iglesia" (Const. Apost. Miss. Rom.).

¿Nos esforzamos, en la mesa de la Palabra, por abrir el hambre y la sed de los fieles? ¿Qué pensamos de ciertas misas que duran poco más de un cuarto de hora y de las que la gente dice que son las que más le gustan? (32).

Transcurridos ya más de 40 años de la SC, "es necesario *verificar*, mientras reflexionamos sobre la Eucaristía dominical, *de qué manera se proclama* la Palabra de Dios, así como el *crecimiento efectivo del conocimiento y del aprecio* por la Sagrada Escritura en el Pueblo de Dios" (n. 40; cf. SC 24). *Dos criterios* de valoración que nos ofrece el Papa: el de la *celebración* y el de la *experiencia vivida*. Examinemos todo lo que implica el *proclamar* y la *experiencia de profundización de la Palabra de Dios* (preparar el ánimo para la escucha, conocimiento adecuado de la S.E., preparación y oración previa de las lecturas, sobre todo en los días festivos).

Por sí sola, la proclamación de la Palabra de Dios no puede producir los frutos deseados. Es necesario a la vez: la lectura, hecha con espíritu de oración y con docilidad a la interpretación de la Iglesia (n. 40; cf. DV 25). Cada sacerdote debería responder sinceramente a los dos interrogantes que hace Juan Pablo II. A ellos toca preparar esta mesa "con particular cuidado" por el estudio de 10 textos, la oración, el comentario a la Palabra de Dios con fidelidad y adaptándolos a los interrogantes y la vida de la comunidad (cf. n. 40).

Aquí entran los *grupos bíblicos y equipos de liturgia parroquiales*. Presta una magnífica ayuda a la proclamación de la Palabra y a la homilía en la misa dominical. El *objetivo* que marca la DD es: que toda la celebración (oración, escucha, canto y no sólo la homilía) "expresen de algún modo el mensaje de la liturgia dominical", así podrá *incidir* "más eficazmente en todos los que toma parte en ella" (n. 40).

Recordemos que "*la proclamación litúrgica de la Palabra de Dios*", sobre todo en la Eucaristía "no es tanto un momento de meditación y de catequesis sino que es *el diálogo de Dios con su pueblo*", donde *se proclaman* las maravillas de la salvación y *se proponen* siempre de nuevo las exigencias de la alianza. Hay aquí *un principio sólido* de teología litúrgica (SC 7; 33). En la liturgia de la Palabra de la Eucaristía, Dios nos habla, Cristo nos dirige la Palabra y nosotros somos invitados a *responder*. Primero escuchamos lo que nos dice, lo guardamos en el corazón, lo contemplamos en el silencio y luego, somos invitados a responder. Esto *debe ser asimilado* por los pastores y fieles. La perspectiva de un "sermón edificante", de una meditación en el sentido reflexivo-devoto-psicológico o de una catequesis-instrucción principalmente para formarnos, no es lo propio de este tiempo celebrativo. Y menos aún, lo es un "mitin" sociopolítico, una "reprimenda general" o unas palabras humanas dando "jabón" o halagando.

Es preciso que, pastores y fieles "recibamos" lo que la reforma conciliar: posconciliar nos ha querido *transmitir*. Se trata de un punto, en el que es preciso acoger las pautas del Concilio Vaticano II. Todo en la mesa de la Palabra y, sobre todo en la misa, ha de fomentar el *diálogo de Dios con su pueblo*. Por esta razón, también la homilía del sacerdote seguirá en la línea de la "proclamación" de los "magnalia Dei" a favor de la salvación de los hombres, lo cual provoca asombro, admiración, sorpresa, amor sincero, conversión del corazón, etc. Y quienes escuchan *se interrogan* como ante el Bautista o ante Pedro: ¿Qué tenemos que hacer para entrar en el proyecto o la alianza de Dios? Las maravillas de Dios implican la propuesta siempre nueva de "las exigencias de la alianza" (n. 41).

De esto se desprende también que la homilía "no es tanto un momento de meditación" fría, abstracta, conceptual. Tampoco puede convertirse en una plática o *catequesis*, aunque siendo lo que es, hace catequesis y suscita el deseo de meditar la Palabra. Entiendo por catequesis, la exposición de un tema de modo estructurado, elegido por el celebrante, sin conexión clara con la Palabra proclamada, dentro de una programación, teniendo como finalidad primera y casi exclusiva enseñar.

La *respuesta* adecuada de los fieles a la Palabra amorosa de Dios se actúa "con la acción de gracias y la alabanza", pero *verificando* su fidelidad en el esfuerzo de una *conversión* constante (n. 41). La conversión compromete a una renovación interior de las promesas bautismales (Credo). La mesa de la Palabra, en la Eucaristía de domingo, es actualizar, en el contexto de la proclamación de la Palabra, el "sí" de fidelidad a la Alianza y de adhesión a sus preceptos, por parte de todos los fieles. Cristo ya dio su "sí" por nosotros (Cf 2 Cor 1,20-22) y el Espíritu Santo lo hace resonar, para que, lo escuchado "impregne profundamente nuestra vida" (n. 41).

- A la mesa de la Palabra sigue *la del Pan eucarístico* (33). La *primera* prepara a la comunidad a vivir sus múltiples dimensiones de particular solemnidad, en la

Eucaristía del domingo. En el ambiente festivo del encuentro de toda la comunidad, la Eucaristía se manifiesta de modo más visible que en otros días, como la "gran acción de gracias", con la que la Iglesia, llena del Espíritu Santo, se dirige al Padre, uniéndose a Cristo y haciéndose voz de toda la humanidad.

El ritmo semanal de ocho en ocho días, invita a recordar lo vivido en ellos, para comprenderlo a la luz de Dios y darle gracias por los innumerables dones, glorificándole por! con! en Cristo, en la unidad del Espíritu Santo (n. 42). Así, la comunidad cristiana toma de nuevo conciencia de que todas las cosas han sido creadas por medio de Cristo y en él, Redentor nuestro, fueron recapituladas (Cf. Ef 1,10), para ser ofrecidas al Padre, de quien todo recibe su origen y vida. Por fin, al adherirse con su "Amén" a la doxología eucarística (34), el pueblo de Dios "se proyecta en la fe y en la esperanza hacia la meta escatológica, cuando Cristo entregue a Dios Padre el Reino... para que Dios sea todo en todo" (1 Cor 15,24.28).

Dice el CCE 1368: "En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda y adquieren así un valor nuevo". La participación de toda la comunidad "asume un particular relieve en el encuentro dominical, que permite llevar al altar la semana transcurrida con las cargas humanas que la han caracterizado" (n. 43).

La DD sigue desgranando los restantes aspectos y contenidos de la Eucaristía dominical. Se refiere a la Eucaristía como "banquete pascual y encuentro fraterno" (n. 44). En ella se comulga espiritual y sacramentalmente en el sacrificio de Jesucristo al Padre, por todos. La Iglesia recomienda comulgar sobre todo en domingo, con las debidas disposiciones. Pero, es necesario ser conscientes de la vinculación íntima entre la comunión con Cristo y con los hermanos.

La Eucaristía dominical es "un acontecimiento de fraternidad" (n. 44), que ha de ponerse de relieve por: la acogida y el estilo de oración abierta, el intercambio del gesto de la paz (manifestación del consentimiento dado por el pueblo de Dios a todo lo hecho en la celebración) y por el compromiso de amor mutuo que se asume al participar del único pan (cf. Mt 5,23-24).

Toda celebración eucarística posee este movimiento "ascendente" y la convierte en un acontecimiento gozoso, lleno de reconocimiento y esperanza, pero que se manifiesta de particular relieve en la Misa del domingo, por su especial recuerdo de la resurrección (n. 43).

Por otra parte, esta "alegría (35) eucarística, que levanta el corazón" es fruto del "movimiento descendente", que permanece "grabado perennemente en la esencia sacrificial de la Eucaristía, celebración y expresión suprema del misterio de la *kenosis*, es decir, del abajamiento por el que Cristo se humilló, obedeciendo hasta la muerte de Cruz (Flp 2,8).

La Misa es la *viva actualización del sacrificio de la Cruz*. Cristo se ofrece al Padre con la misma actitud de inmolación con que se ofreció en la cruz. Lo hace bajo las especies de pan y vino, sobre las que descende el Espíritu Santo invocado y que actúa, de modo eficaz y de todo singular, en las palabras de la consagración (cf. n. 43). En la Misa, Cristo, que se ofreció a sí mismo de modo cruento una vez, sobre el

altar de la cruz, se contiene e inmola de modo incruento (cf. n. 43). "A su sacrificio, Cristo une el de la Iglesia" (n. 43) (36).

El n. 45 habla de la conexión entre la Misa y la "misión". La misión se refiere al testimonio de 10 que Dios ha realizado con nosotros y a compartir con los hermanos la alegría del encuentro con el Resucitado.

El n. 46 se refiere al "precepto dominical". Por ser la Eucaristía "el verdadero centro del domingo" se entiende la exigencia, recordada por los pastores desde el principio a sus fieles, sobre la "necesidad de participar en la asamblea litúrgica" (n. 46). "Dejad todo en el día del Señor y corred con diligencia a vuestras asambleas... ¿qué disculpa tendrán ante Dios aquellos que no se reúnen en el día del Señor para escuchar la palabra de vida y nutrirse con el alimento divino, que es eterno?" (*Didascalia de los Apóstoles* II, 59; 2-3). La llamada ha encontrado distinto eco en los cristianos, a lo largo de la historia. El caso de los mártires de Abitinia, en África pro consular es ya un *paradigma de fidelidad* (Cf. n.46) (37).

La Iglesia ha afirmado "esta obligación de conciencia, basada en una exigencia interior" (47) sentida con tanta fuerza por los cristianos de los primeros siglos, sin necesidad de prescribirla. Desde el s. IV y, sobre todo, desde el VI los concilios particulares recurren a disposiciones canónicas precisas, desembocando así "en una costumbre universal de carácter obligatorio, como cosa del todo obvia" (n. 47).

El CDC de 1917 recogía por primera vez la tradición en una ley universal (n. 47, nota 81). El Código actual la confirma diciendo que "el domingo y las demás fiestas de precepto los fieles tienen obligación de participar en la Misa" (n. 47 nota 82). Esta ley se ha entendido normalmente como una *obligación grave*; así 10 enseña también el CCE n. 2181). El *motivo* es fácilmente comprensible, teniendo en cuenta la importancia que el domingo tiene para la vida cristiana (n. 47).

Ante las dificultades que tiene el creyente para vivir su fe, "es necesario que se convenza de la importancia decisiva que, para su vida de fe, tiene reunirse en domingo con los otros hermanos para celebrar la Pascua del Señor" (n. 48) con la Eucaristía y demás elementos (cf. ib.).

Ya que los fieles deben participar en la Misa dominical, si no tienen un impedimento grave, los pastores deben responder ofreciendo a todos "la posibilidad efectiva de cumplir el precepto" (n. 49). A ello se ordenan "las disposiciones del derecho eclesiástico": la facultad del sacerdote, previa autorización del Obispo diocesano, de celebrar más de una Misa en el domingo y los días festivos (c. 905, 2); la institución de las *misas vespertinas* (para que los fieles pudieran beneficiarse y dar facilidades el sábado y domingo por la tarde).

¿Los *funerales del sábado* por la tarde no dificultan el cumplimiento del precepto dominical y la mejor celebración del día del Señor? Tal como se celebran los funerales, ¿reciben los fieles el contenido de la Eucaristía dominical? ¿Los sacerdotes hacen la homilía sobre lo que se celebra el domingo (n. 49) y se proclama en las lecturas? (38). El tiempo válido "para la observancia de la obligación comienza ya el sábado por la tarde coincidiendo con las primeras Vísperas del domingo (c. 1248, 1).

Cuando, personas determinadas se ausentan el domingo, se les debe insistir en que vayan a misa donde se encuentren y den allí testimonio de cristianos (n.49).

El n. 50 insiste en que la celebración eucarística del domingo debe ser "gozosa y animada por el canto" (39). Esta Eucaristía "se ha de preparar con especial esmero". Se ha de "dar a la celebración el carácter festivo correspondiente" con el día de la Resurrección (40). Préstese "atención al *canto de la asamblea*", puesto que es muy adecuado para expresar la alegría del corazón, destaca la solemnidad y favorece la participación de la única fe y del mismo amor. Favorézcase su calidad en cuanto al texto y a la melodía; que lo "nuevo y creativo" de hoy se adecue a las disposiciones litúrgicas y sea digno de la tradición eclesial (n. 50).

La Misa dominical debe ser una "celebración atrayente y participada" (n. 51). Que jóvenes y adultos se sientan interesados, que los fieles tomen parte con las formas de participación que la liturgia sugiere y recomienda (n. 51). Que el ministro ordenado haga lo suyo. Que quede clara la distinción de orden entre el presbítero y los demás ministros. Pero los fieles, en virtud de su Bautismo, deben saber que participan, a su modo, del sacerdocio de Cristo y, por tanto, también en la Eucaristía. Ellos, a su modo, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella. Así, por el *ofrecimiento* y por la *sagrada comunión*, "todos realizan su función propia en la acción litúrgica" recibiendo luz y fuerza para vivir su sacerdocio bautismal con el testimonio de una vida santa" (n. 50).

El n. 50 habla de "otros momentos del domingo cristiano", que son santificados por otros aspectos, que no se reducen a la sola Eucaristía (41). Este día "es bien vivido si todo él está marcado por el recuerdo agradecido y eficaz de las obras salvíficas de Dios".

3. LAS RAÍCES DE LOS POSIBLES Y REALES FALLOS Y ABUSOS

Para no herir a nadie y haciendo un repaso de los abusos que señalan los documentos de la Iglesia y que, de algún modo todos conocemos, enumeraré sin explicar estos fallos o abusos "radicales" en la celebración eucarística:

1. Se da primacía a la actuación del hombre, sobre lo que es acción del Dios-Trinidad (Cf. *Redp. sacr.* n 8; cf. VQAn 10; RM n 42).
2. Falta el sentido prevalente de la Eucaristía como *realidad espiritual* (RS n 10; VQA 14). La Liturgia y la Eucaristía son "ante todo... un hecho de orden espiritual" (VQA n. 14).
3. Falta *sentido de Iglesia* y de eclesialidad en la celebración eucarística (RS n 7; 11-13; VQA n 10).
4. Falta *sentido de fe, teológico y litúrgico del misterio*: ¿Qué celebramos, quién celebra, cómo y cuándo y dónde celebrar? (cf. CCE nn. 1136-1186; RS n. 11; 30-32; *EdE* n. 5 y todo el Cap. I).
5. Se antepone la cantidad a la *calidad* de las celebraciones de la Eucaristía, multiplicando a veces el número de Misas. También tiene su problemática el tema de los estipendios (DD n 34; RS 116; Cns. 905; 945-958) (42).
6. Falta muchas veces una adecuada *preparación* de los ministros y de la acción eucarística a realizar (cf. DD 50; VQA 8; *EdE* Cap. V; RS n. 32; 58; 68).
7. La *participación* en la celebración eucarística no se ha explicado ni entendido bien en muchos casos (VQA 10; RS n. 38-40; 42).

8. No se ha dado la importancia debida a la *Liturgia de la Palabra*, en la que se da una presencia real de Dios y, en el Evangelio, de Cristo (DD n 39-41; RS 61-68). En la Palabra de Dios actúa la virtud del Espíritu Santo.
9. La *Plegaria eucarística* no es todavía la oración culminante en la celebración eucarística (RS nn. 51-56; DD; SP). Conviene descubrir esta oración culminante de la Iglesia a los fieles.
10. Se da, por parte de muchos, una "alergia" a las normas (disciplina) litúrgicas, que salvaguardan la fe y deben ser respetadas. La norma es concreción y prolongación del misterio de la encarnación (RS nn. 11-13; 17-18; 24; 59; 170; 177; 183-184). También puede ser entendida como una "guía hacia el misterio" (43). La ritualidad y la rúbrica es concreción sacramental, cauce pobre de la gracia eficaz que llega a la persona. No se trata de algo impositivo y frío, sino de modos, estilos apoyados a veces en realidades teológicas, de tradición y costumbres antiguas y consensos amplios.
11. No hemos valorado suficientemente el significado y papel de la comunidad celebrante o asamblea litúrgica. Es epifanía de la Iglesia de Jesucristo. Hay que desvivirse por ella, para que sea espejo terso de la Iglesia de Jesucristo. (VQA n. 9; DD 32-33; OGMR 16; 22; 27; 69; RM 42) (44).
12. Se han dado y se dan abusos y arbitrariedades numerosas, que desfiguran la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor (RS 11; 6; 5; 40; 48; 51-53; 55; 59-60; 62-64; 67; 76; 78; 80-81). No se trata de condenar a las personas, sino de corregir los abusos para que brille la verdad de la Eucaristía y todos nos podamos beneficiar de su gracia (cf. MR 13) (45).

4. ¿CÓMO DEBE CELEBRARSE LA EUCARISTÍA?

Deseo ahora afrontar el tema de las posibles "soluciones" o mejor, *pautas* derivadas de lo expuesto, en orden a responder al problema de la Misa dominical. Por lo expuesto, es claro que se trata de un tema de enorme calado e importancia para la Iglesia, la fe cristiana y la vida de los discípulos de Jesús. Yo creo que en esto *nos estamos jugando*, en gran parte el futuro de la fe cristiana. Soy consciente de que es un tema complejo, que no se puede tratar de forma simplista, precipitada, personal ni sólo intelectualmente.

Creo que no se pueden dar recetas, sino apuntar *filones de reflexión y orientación* en busca de respuesta a un problema pastoral, teológico, catequético y evangelizador (46). Conforme a esto indico lo siguiente:

4.1. LOS PASTORES (OBISPO y SACERDOTES) ESTÁN LLAMADOS A UNA PROFUNDA CONVERSIÓN AL "MISTERIO" DEL DOMINGO

Se les pide *creer y tratar de asimilar vitalmente* la centralidad del "día del Señor". Quizás, en este momento, es lo más importante que nos pide Dios y la Iglesia. *No podemos vivir sin celebrar el día del Señor*. Esto lleva consigo: una conciencia personal, una responsabilidad en prepararlo a lo largo de la semana y vivido como espiritualidad de ocho en ocho días (preparación-celebración-misión).

Preparar la Eucaristía, tener delante a la comunidad, pensar en los que no están, abrirse a los problemas y esperanzas de los hombres y, desde la oración, estudio, lectura y vida buscar la respuesta. La Eucaristía es el centro y cumbre del domingo, aunque no el todo. Exégesis, estudio de la Biblia, conocimiento de lo sustancial de la Liturgia, sentido pastoral, celo por las vocaciones, etc.

No puede haber una renovación del domingo y de su Eucaristía sin pastores "renovadores". La preparación y espera debe ser centro y cumbre de la semana. Todavía reunimos a mucha gente en la Misa dominical, por ella llega a los fieles de modo "peculiar" lo más importante de Cristo y la Iglesia.

4.2. A NIVEL DIOCESANO HARÍA FALTA UNA REFLEXIÓN SERIA PARA UNA TOMA DE DECISIONES

Vale la pena que este tema se siga reflexionando, se estudie en sus puntos diversos, pero no para "dormirlo", sino para *tomar decisiones* concretas en las Iglesias locales.

La reflexión debería versar, a mi entender, sobre: el número de Misas a celebrar en parroquias de la ciudad, el número tope de Misas que conviene no rebase un sacerdote en domingo, la celebración misas en domingo, en el mundo rural, la distribución de los sacerdotes para celebrar la Eucaristía en domingo, donde sea necesario, la calidad de la celebración eucarística, los sacerdotes que no celebran la Eucaristía o la concelebran (pudiendo presidirla), el número de misas que un sacerdote celebra los días ordinarios, si cuando no tiene estipendio o estricta obligación la celebra en días feriales, lo hacen. Es preciso tomar decisiones con el mayor consenso y la consulta a los sacerdotes, exigiendo que se cumplan.

4. 3. MENTALIZAR A LOS SACERDOTES EN ORDEN A QUE, CADA DOMINGO, (HAYA MISA O NO) LA COMUNIDAD SE REÚNA PARA CELEBRAR EL SEÑOR RESUCITADO

Es ésta una pauta muy importante. Es decisivo que las comunidades, aún las más pequeñas se reúnan en el domingo, aunque sólo sea para asistir a un acto devocional. Que se les indique la importancia de *reunirse* "a la espera del sacerdote" (47). Así orarán al Señor por las vocaciones; conservarán el sentido de Iglesia y alabarán al Señor, el día memorial de la resurrección.

Y esto debe inculcarse en las parroquias que tengan la Eucaristía el sábado por la tarde (y no la puedan tener el domingo). Esto hicieron los primeros cristianos hasta el martirio; esto han hecho en la Europa del "telón de acero", esto hacen hoy, en China, desafiando el peligro de muerte. La celebración eclesial y gozosa del domingo da fuerza para la vida cristiana y para la misión, aún en caso de falta de libertad (48).

A las comunidades privadas de la Eucaristía, en el domingo, se les debería ofrecer, a lo largo del año, la Eucaristía en determinados domingos o fechas significativas para ellos, celebrando algún Vicario, sacerdote cualificado o incluso el Obispo, para mostrarles su aprecio y compartir con ellos el sufrimiento de no poder

ofrecerles un sacerdote que les celebre habitualmente. Se les inculcará la práctica de la oración incesante por las vocaciones sacerdotales. Todas las celebraciones llevadas a cabo por laicos se ordenan a la celebración de la Eucaristía que preside únicamente el ministro ordenado. Pero estas celebraciones se celebran siempre "a la espera del sacerdote".

4.4. QUE LOS MISMOS SACERDOTES FOMENTEN LA PREPARACIÓN Y PUESTA EN PRÁCTICA DE LAS ASAMBLEAS DOMINICALES A LA ESPERA DEL SACERDOTE

Son muchos los documentos de la Iglesia que insisten en esta ayuda pastoral. Primero agotando todos los medios para que las comunidades tengan misa (pero no a costa de que un sacerdote celebre 5 ó 6 misas). Los sacerdotes deben dedicar muchas energías en formar, acompañar y revisar las celebraciones con los ministros laicos. Ésta sí que es una tarea de futuro: lectores, cantores, monitores, animadores de los equipos de Liturgia, posibles servidores de las asambleas dominicales e incluso diáconos permanentes.

¿Por qué en América o África hay catequistas y diáconos abundantes? ¿Por qué hacen esfuerzos grandes por formarse en la doctrina y la vida cristiana? Un sacerdote debe encontrar en su comunidad monaguillos y ministros en la medida de lo posible. Actuar con visión de futuro, sembrar, aunque él no vaya a recoger.

El celo por la Eucaristía hoy, debe convertirse en celo por preparar ministros (monaguillos y mayores) y así se fomentan también las vocaciones. La calidad de la Eucaristía es fundamental, también el "arte de bien celebrar" (el primero de los objetivos de la Comisión Episcopal de Liturgia (49), apoyado en MND 17). Prepararse para presidir bien (50), haciendo de la Eucaristía la oración culminante. Todo esto dará fruto abundante en la comunidad cristiana.

4.5. ES PRECISO QUE CESEN LOS ABUSOS EN LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA DE DOMINGO (RS 59; 76; 78; 165; 168)

Sin buscarlo ni pretenderlo, nos enteramos de verdaderos *abusos* que se cometen, por parte de sacerdotes, precisamente en el sacramento del amor y la unidad. A veces puede ser por ignorancia, atolondramiento, debilidad, respeto humano. También hay que tener en cuenta que hay sacerdotes ancianos, enfermos, presionados por el cuidado pastoral de 5 y hasta más parroquias.

Pero, a veces, se dan casos de praxis abusiva consciente y reincidente. Esto hace mucho daño al pueblo de Dios, a las comunidades donde se realiza y al propio celebrante. Cuando el motivo de fondo es el lucro y enriquecimiento, creo que habría que tomar decisiones serias por parte de quienes tienen autoridad.

Es mejor que la comunidad espere al sacerdote, "sacramento de Cristo", aunque tarde años, que tener un "pastor asalariado" y que "vende" lo sagrado o se aprovecha de la lecha y la lana de las ovejas para el propio sustento, si no aumento de su peculio. En tales casos, no es extraño que los fieles se alejen de la Eucaristía y que los jóvenes no acudan a las iglesias.

Algo parecido se podría decir del ministro ordenado que se comporta como un "funcionario", que atiende su "oficina" unas horas y luego tiene su vida "independiente", estrictamente privada, dedicada a "otras labores", etc. De este modo, entra en crisis el concepto del ministerio presbiteral, la dedicación al servicio constante de los fieles, la misión y los sacramentos como tareas irrenunciables y complementarias.

CONCLUSIÓN

Después de todo lo expuesto, es preciso dejarse "empapar" en el sentido profundo del "día del Señor" y la Eucaristía que nos transmiten los múltiples documentos del Magisterio de la Iglesia. Los sacerdotes y el pueblo de Dios necesitan iniciarse profundamente en el misterio de la Eucaristía *antes, en y después* de la misma. Hace falta poner en práctica la *catechesis mistagógica* que se centra en los gestos y las palabras de la celebración, en orden a entrar en su contenido sacramental y salvador.

No puede *renovarse* la Eucaristía si los sacerdotes no se *renuevan*. La reforma en su sustancialidad *está hecha* en los libros litúrgicos, emanados de la programación del Concilio Vaticano II. Ahora es el momento de la *renovación* del corazón de los pastores y fieles al "sentido" de la celebración eucarística. Es tiempo de profundizar tranquilamente en lo que tenemos; no hemos dedicado el tiempo debido a esta labor de conocimiento, reflexión e *interiorización*. Esto sólo podrá hacerse a partir de los libros litúrgicos.

Los pastores deben tomar en serio el conocimiento de los Leccionarios (sus claves internas), del Misal con su *Ordenación general*, del "ordo Missae" como estructura fundamental de la Eucaristía; el sentido de las Plegarias eucarísticas, de las oraciones presidenciales del sacerdote, etc. Es en estos textos, donde se encuentra el "jugo", la entraña, el "espíritu" de la Eucaristía. Hace falta volver constantemente a la lectura, reflexión, oración y silencio ante estos textos, en los que se encierra el *sentido y la espiritualidad* de la Eucaristía. El sacerdote y los fieles no sólo deben preparar las cosas de la Misa, deben *prepararse* ellos mismos y *dar gracias* una vez terminada la Eucaristía.

Será importante *dar su tiempo* a la mesa de la Palabra de Dios, no convirtiéndola en *palabra del hombre*, no hacer más *moniciones* de las estrictamente necesarias y éstas muy breves, respetar y explicar el sentido del *silencio* como elemento de participación, etc. Y en la *mesa del sacrificio* es imprescindible estudiar la Plegaria eucarística, entenderla en sus *elementos substanciales*, ayudar al *pueblo* a participar adecuadamente en ella, para así *participar fructuosamente* en la comunión sacramental.

La Eucaristía *bien celebrada* llevará a la vivencia de la Eucaristía en *la vida entera*. Y de la Misa bien vivida brotará también la necesidad de *la adoración* del Santísimo Sacramento.

Será muy importante una reflexión, a nivel de arciprestazgos y zonas, sobre los interrogantes que plantea la situación actual de la Eucaristía del domingo. Ayudará a concienciarse de su importancia, de la calidad que debe tener la Eucaristía, del decoro

necesario que requiere la celebración y de poner remedio a las prácticas inadecuadas y abusivas que puedan darse.

No dejo de valorar lo que hay de amor a la Eucaristía y responsabilidad ministerial por parte de sacerdotes mayores, que con sacrificio enorme, desean celebrar más misas de las permitidas, en domingo, por no dejar sin ella a los fieles. Pero ellos, que tienen un sentido fino de lo que es la obediencia y la comunión con la Iglesia, entenderán, cuando se les explique con afecto, que el día del Señor y la Eucaristía debe ser bien celebrada; que la *calidad* (celebrando menos misas) es preferible a la *cantidad* con deterioro del misterio y que ellos mismos no pueden terminar actuando como autómatas o "profesionales" que celebran rutinariamente y con la prisa impuesta por las circunstancias.

Es una situación muy oportuna, la que vivimos, para estudiar con serenidad el tema de las *Celebraciones dominicales a la espera del sacerdote*, para preparar equipos de liturgia, ministros y animadores de la celebración, sin crear confusión con la Eucaristía que celebra el sacerdote.

En definitiva, esta sesión del Consejo del Presbiterio de nuestra diócesis, debería continuar profundizando el tema elegido y, a ser posible, terminar tomando decisiones asumidas en comunión de fe y caridad por todos los pastores y fieles.

NOTAS

1 Cf. Juan Pablo II, *Carta Apostólica Mane nobiscum, Domine. Quédate con nosotros, Señor* (7X-2004) (= MND). Un comentario a esta *Carta*: M. Augé, "La lettera Apostolica *Mane nobiscum Domine*" en *Notitiae* 51 (2005) pp. 69-79; también en *Pastorallitúrgica* 283 (2004) pp. 365-382; cf. "Editorial" en *ib.* pp. 361-363; Congregación para el Culto divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Año de la Eucaristía. Sugerencias y propuestas* (15-X-2004) (= SP); también en *Pastorallitúrgica* 283 (2004) pp. 383-400; hemos dedicado al tema del Año Eucarístico la "Editorial" de *Auriensia* 8 (2005) pp. 11-15

2 El Jubileo del 2000 y la reflexión hecha sobre sus vivencias y aportaciones han llevado a Juan Pablo II a proponer este año entero como "síntesis", volviendo a la entraña de lo que Cristo nos dejó y nos mandó celebrar, como memorial eterno de su sacrificio en la Cruz y banquete sacrificial de comunión. La *Carta Encíclica Ecclesia de Eucaristía* (17-IV-2003) (= *EdE*) de Juan Pablo II; Sínodo de los Obispos, XIª Asamblea general ordinaria, *La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. Lineamenta* (= L) (2004) Y por fin, Secretaría general del Sínodo de los Obispos, XIª Asamblea general ordinaria, *La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. Instrumentum laboris* (= IL) (2005); estos documentos son los fundamentales para el estudio del "Año de la Eucaristía".

3 Muchos obispos han escrito cartas con motivo de la presentación del mismo en las propias diócesis. Como ejemplo: F. Sebastián Aguilar, "Sobre el altar del mundo. Carta para el año de la Eucaristía" en *Pastorallitúrgica* 284 (2005) pp. 7-10; L. Quintero Fiuza, "Homilía con motivo de la apertura del 'Año de la Eucaristía'" (17-XI-2004) en *Auriensia* 8 (2005) pp. 9-10.

4 Penitenciaria Apostólica, "Decreto circa le indulgenze concesse durante l'anno dell'Eucaristía" en *Notitiae* 51 (2005) pp. 66-68.

5 Sagrada Congregación de Ritos-Consilium, "*Instrucción 'Eucharisticum mysterium' sobre el culto del misterio eucarístico* (25-V-1967)", en A. Pardo (ed.), *Documentación litúrgica posconciliar. Enchiridion*, Barcelona 1992, pp. 155-183. Este documento, a los pocos años de la

promulgación de la SC, es una magnífica síntesis de la Eucaristía tal como la concibe y la cree la Iglesia. En aquel momento fue una preciosa aportación a la reforma-renovación eucarística, que en muchos aspectos todavía debe ser "recibida" y aplicada por la pastorallitúrgica. Puede ayudar a su comprensión: G. Cavagnoli, "A vent'anni della Istruzione Eucharisticum Mysterium" en *RL* 75 (1988) pp. 585-598. En adelante citaremos este documento con la sigla EM.

6 La Eucaristía es fuente y cima de toda la vida cristiana y eclesial, pues a ella se unen y ordenan los demás sacramentos y ministerios eclesiales, así como las obras de apostolado. La Eucaristía contiene al mismo Cristo, nuestra Pascua que constituye todo el bien espiritual de la Iglesia (PO 5). La Eucaristía significa y realiza aquello que constituye en su entidad a la Iglesia: la comunión de vida con Dios y la unidad del mismo Pueblo de Dios. En la Eucaristía hallamos a un tiempo la acción culminante por la que el Padre santifica al mundo por el Hijo y del culto que los hombres dan al Padre, por Cristo en el Espíritu Santo (Cf. EM 6). La Eucaristía nos une ya a la liturgia celestial y anticipa para nosotros la vida del cielo, allí Dios será todo en todos (1 Co 15, 28). La Eucaristía resume y compendia nuestra fe. Si nuestra manera de pensar está en armonía con la Eucaristía, ésta confirm a nuestro modo de pensar (Cf. S. Ireneo, *Advers. haer.* 4, 18,5). Estas ideas están expuestas en el CCE (nn. 1324-1327) bajo el título global: "La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida eclesial", que precede. Las recojo aquí por 10 que importan para nuestro tema.

7 Cf. IL nn. 88-89.

8 Cf. Juan Pablo 11, *Carta Apostólica Dies Domini sobre la santificación del domingo* (31-v1998), Madrid 1998, n. 45; MND 24-28; SP n. 31; L, Capítulo VII; IL, Parte IV, todo el capítulo 11 con el título: "Eucaristía y misión de evangelización" nn. 78-89.

9 Tiene lugar así la santificación y divinización (theosis) del hombre. Lo expresan muy bien los L n 65 acudiendo a san Cirilo de Jerusalén que afirma que por la Eucaristía el hombre se transforma en "un solo cuerpo (*syssomos*) y una sola sangre (*synaimos*) con él". San Juan Crisóstomo escucha la voz de Cristo que le dice; "He descendido nuevamente sobre la tierra, no sólo para mezclarme entre tu gente, sino también para abrazarte; me dejo comer por ti y me dejo desmenuzarse en pequeñas partes, para que nuestra unión y ligazón sean verdaderamente perfectas...".

10 Es un verdadero arte el celebrar bien. Los que presiden y de modo especial el Obispo y presbíteros son los más responsables a la hora de poner en práctica este arte. Incluye la utilización de contenidos, signos y símbolos; la actuación de gestos y posturas corporales, la animación de los corazones y las vidas, la comunicación y diversos lenguajes. Con todo ello los fieles son conducidos (mistagogía) a la realidad del misterio que se celebra. Este arte debe ser cultivado en la preparación a los ministerios, al diaconado, presbiterado y Episcopado. No se improvisa y no es sólo cuestión de enseñanza o formación. Es preciso también una profunda espiritualidad que se vive en la acogida del misterio, en la participación activa y fructuosa, en el ejercicio del sacerdocio común, de las funciones y ministerios. Un signo de la importancia de este tema es el hecho de que ha sido elegido para ser desarrollado en la próxima Jornadas Nacionales de Profesores de Liturgia de España en septiembre del 2006.

11 Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Instrucción Redemptionis Sacramentum. Sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la Santísima Eucaristía* (25III-2004), Madrid 2004. Un comentario a la misma: M. Augé, "L'Istruzione Redemptionis Sacramentum", en *RL* 91 (2004) pp. 895-900.

12 Esta síntesis la tomamos de M. Sodi, "Celebrazione" en *DL* 386-390. El autor la aplica a la liturgia en general, nosotros la concretamos a la Eucaristía; cf. también A.M. Triacca, "Partecipazione" en *DL*, p. 1440.

13 Cf. *Ib.*, pp. 388-390; B. Neunheuser, "Mistero" en *DL*, pp. 1215-1234.

14 Cf. M. Sodi, "Celebrazione" ... *a.c.*, pp. 386-388. 15 Cf. *Ib.*, p. 390.

16 La fórmula viene de Próspero de Aquitania: "Legem credendi lex statuat supplicandi". Describe la relación entre liturgia y dogma. Bien entendida indica que la liturgia es el lugar hermenéutica de la fe. La liturgia expresa la fe divina ya explicitada, la hace vivir y la robustece en los creyentes. En algunos casos la liturgia precede a la explicitación de la fe divina expresada en los

enunciados dogmáticos. El dogma debe estar siempre abierto a la aportación dinámica de la liturgia e iluminada incesantemente por la creciente autocomprensión que la Iglesia posee de sí misma en la celebración del misterio de Cristo. Pero no hay que olvidar que el axioma "Iex orandi-Iex credendi" puede ser insuficiente y ambiguo, si la liturgia no está continuamente "reglada" por la Palabra de Dios, alimentada por la fe apostólica y sostenida por la comunión de fe con la tradición de las generaciones pasadas. Sin este contacto vivo con las fuentes también de la fe, la litúrgica puede vehicular fermentos que inficcionan la autenticidad del dogma. Cf. E. P. Tamburrino, "Ecumenismo" en *DL*, p. 622; cf. T. Federici, "El Espíritu Santo y la Palabra de Dios" en Obispado de Tarazona. Delegación de Liturgia (ed.), *El Espíritu Santo y la Liturgia. Ponencias de la Primera Semana de Espiritualidad y Liturgia del 3 al 7 de agosto 1998*, Tarazona 1998, pp. 22-31, 36-41, 48-51.

17 Para el estudio del *memorial*, cf. B. Neunheuser, "Memoriale" en *DL*, pp. 1163-1180; sobre todo pp 1168-1179. Recogemos algunos elementos del "Riepilogo" de este trabajo. Existe una como "sentencia común" por parte de los teólogos, en lo siguiente: el memorial es un concepto que expresa de manera excelente la doctrina de toda la tradición eclesiástica sobre el sacrificio de la Misa en su relación con el sacrificio de la cruz. Nuestro culto es el memorial del Señor hecho con palabras y con una acción sacramental. Esto es verdad, en primer lugar respecto de la acción eucarística, memorial de la muerte y resurrección del Señor. Este memorial, en virtud del Espíritu Santo, de acuerdo con la promesa del Señor, supuesta la fe, es un memorial real (objetivo), que hace presente de modo eficaz y dinámico la acción salvífica de Cristo (muerte y resurrección, es decir la oferta sacrificial de Cristo como núcleo de toda su acción salvífica), no sólo en el recuerdo subjetivo sino en la *realidad objetiva*. Al hacer este memorial, la Iglesia, por medio del mismo, toma parte en la donación sacrificial de Cristo, nos insertamos en ella, más aún en Cristo, con Cristo y por Cristo ofrecemos ahora su sacrificio al Padre como nuestro sacrificio. No se repite el único sacrificio de la cruz; pero se hace presente en el memorial, nos es dado "hic et nunc" para salvación nuestra y para gloria del Padre. Cf. *ib.*, pp. 1178-1179.

18 Cf. CCE un 699; 1127; 1238; 1297; 1300; 1353; 1519; 1624; 2583; 2770. La epiclesis es una oración presente en todas las celebraciones litúrgicas y sobre todo de los sacramentos. Recogemos aquí sólo algunos textos, relativos a la epiclesis, que se refieren a la Eucaristía. CCE 1353: "En la *epiclesis* la Iglesia pide al Padre que envíe su Espíritu Santo (o el poder de su bendición, cf. MR, canon Romano 90) sobre el pan y el vino, para que se conviertan por su poder, en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, y que quienes toman parte en la Eucaristía sean un solo cuerpo y un solo espíritu ... "; La *Ordenación general del Misal Romano* n. 79c, dice: "Epiclesis: La Iglesia, por medio de determinadas invocaciones, implora la fuerza del Espíritu Santo para que los dones que han presentado los hombres queden consagrados, es decir, se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y para que la víctima inmaculada que se va a recibir en la Comunión sea para salvación de quienes la reciban" *Ordenación General del Misal Romano. Traducción española de la 'editio typica tertia Missalis Romani'* 2002, Madrid 2005. En adelante la citaremos como OGMR. Véase también Y M.-J. Congar, *El espíritu Santo*, Barcelona 1991, pp. 658-686; M. Sodi, "Celebrazione", en *DL*, p.390.

19 El vocablo ha sido estudiado por Lupp, filólogo alemán, quien demuestra que los términos griegos *méthesis*, *metoche*, *koinonia* se traducen al latín por *participatia*, al principio sólo en los filósofos, luego en las versiones de la sagrada Escritura y por fin en las traducciones litúrgicas. Tal realidad supone en el término una serie de estratos de tipo histórico y cultural que le dan una riqueza y complejidad semántica no descubierta del todo. Además la mayor riqueza del término es ampliada por la diversidad de sintagmas que se dan, formados por el sustantivo "participatio" o el verbo "participare" y los sustantivos y adjetivos variados que le acompañan. Cf. A. M. Triacca, "Partecipazione" ... o.c., pp. 1428-1429.

20 Cf. B. Baroffio - V. Viola, "Sacerdozio" en *DL*, pp. 1712-1713.

21 Cf. *ib.*, pp. 1712-1732.

22 Cf. PO 2; CCE 1562-1568.

23 CCE 1548-1551; cf. 875; 792.

24 CCE 1552-1553.

25 Lo decimos en el sentido que se dice que la Palabra de Dios: "crece" en la medida que se actualiza en la celebración, se aplica a las circunstancias concretas y se enriquece con matices nuevos. El texto es de san Gregorio Magno, cf. *Homilia VII in Ezechielem*, lib. 1, en CCL 142, 140 (PL 76,843D). El texto es éste: "Et quia unusquisque sanctorum quanto ipse in Scriptura sacra profecerit, tanto haec eadem Scriptura sacra proficit apud ipsum, recte dicitur ... " En este sentido puede verse F. M^a Arocena - J. A. Goñi (eds.), *Psalterium Liturgicum. Psalterium crescit cum psallente Ecclesia*. Volumen 1, Citta del Vaticano, 2005; F.M. Arocena, *La celebración de la Palabra. Teología y pastoral*, Barcelona 2005, pp. 84-86.

26 El IL en el *Capítulo II de la IV parte* lo dedica plenamente a la "Eucaristía y misión de evangelización". Del Bautismo y la Eucaristía brota la misión evangelizadora de la Iglesia que comporta: compromisos sociales, esfuerzo de inculturación, trabajo por la paz, esfuerzo por la unidad de todos los hombres y pueblos, trabajar a favor del ecumenismo, trabajar por la intercomunidad y envío a la misión universal de la Iglesia. Cf. nn. 78-89.

27 Afortunadamente es muchísima la bibliografía sobre este tema. Indicaré sólo alguna de la más a mano y que puede utilizarse con provecho: Secretariado Nacional de Liturgia, *El día del Señor. Documentos episcopales sobre el domingo*, Madrid 1985; Id, *Antología de textos, guiones y homilias*, Madrid 1992; Id., *El domingo fiesta primordial de los cristianos. Jornadas Nacionales de Liturgia*, Madrid 1992; V. Ryan, *El domingo, día del Señor*, Madrid 1986; AA. VV., *El séptimo día descansó. Comentario y texto de la Carta Apostólica "Dies Domini" de Juan Pablo II*, Valencia 1999; J. López Martín, *El Domingo, fiesta de los cristianos*, Madrid 1942; C. Cibien, "Domenica", en *DL*, pp. 584-602; J. Aldazábal, *El domingo cristiano*, Barcelona 1987; R. González Cougil, "Domingo y Eucaristía. De la 'Dies Domini' a la pastoral del domingo" en *Auriensia* 3 (2000) pp. 155-176. En todas estas obras puede encontrarse abundante bibliografía. Además, en los documentos del Papa y de los organismos que tienen el papel de impulsar sus directrices, en los documentos relativos al tema del "Año de la Eucaristía", como SP; L; e IL siempre se hace referencia a la Eucaristía y al domingo.

28 El texto de *las Actas de los Mártires Saturnino y compañeros* (c. año 304) es revelador de lo que afirmamos: "Fueron presentados al procónsul por los oficiales del tribunal. Se le informó que se trataba de un grupo de cristianos que habían sorprendido celebrando una reunión de culto con sus misterios. El primero de los mártires torturados, Télica, gritó: -Somos cristianos: por eso nos hemos reunido. El procónsul le preguntó: -¿Quién es, junto contigo, cabeza de vuestras reuniones? El mártir respondió con voz clara: -El presbítero Saturnino y todos nosotros... Saturnino, experimentando las torturas en su cuerpo, fue llevado delante del procónsul, que le dijo:- Tú has obrado contra el mandato de los emperadores reuniendo a todos estos. Saturnino, lleno del Espíritu, les respondió: Hemos celebrado tranquilamente el *día del Señor*, porque la celebración del *día del Señor* no puede omitirse.

Mientras atormentaban al sacerdote, saltó Emérito, un lector: - Yo soy el responsable, pues las reuniones se han celebrado en mi casa. Y lo hemos hecho porque el *día del Señor* no puede omitirse: así lo manda la ley.

El procónsul le preguntó: - ¿En tu casa se han tenido estas reuniones? ¿Por qué les permitiste entrar?

- Porque son mis hermanos y no podía impedirselo.

- Pues tu deber era impedirselo.

- No me era posible, pues nosotros no podemos vivir *sin celebrar el misterio del Señor (sine dominico non possumus)* ". Secretariado Nacional de Liturgia, *Día del Señor. Antología ... o.c.* pp. 19-20.

29 El Centro de Pastoral litúrgica de Barcelona tiene materiales muy aprovechables para celebrar bien la Eucaristía dominical y diaria. Sin pretender recogerlos todos, señalo algunos significativos. *Dossiers 21: La Misa diaria. Sugerencias y material* (J. Lligadas); 41: *Cómo no decir la Misa* (D. C. Smolarski); 49: *Pastoral de la Eucaristía* (P. Famés); 63: *La Misa sencillamente* (R. Cabié); 92: *Conocer y celebrar la Eucaristía* (M. Expósito); 93: *La Misa diaria*

en el tiempo ordinario. *Sugerencias y materiales* (J. Lligadas). Para todos los temas relativos a la Eucaristía es interesante también: J. A. Abad (dir.), *Diccionario de la Eucaristía. Para creer; celebrar; predicar y vivir este Misterio*, Burgos 2005; también los Vol. de *Phase* 45 nn 266-267; 268 (2005), dedicados monográficamente a la Eucaristía.

30 Cf. SP un. 21; 28-30; L n. 33; todo el capítulo V de este documento; n. 61; IL un. 28-29; 33-34; 46-47; 54-56; 63-67; LM. Fossas, "La Palabra celebrada: entre la veneración y la confrontación" en *Phase* 45 (2005) pp. 263-277.

31 Creemos que es éste uno de los aspectos que reclama una gran atención por parte de los pastores. La abundancia de Palabra de Dios, fruto de los Leccionarios de la reforma litúrgica, es mucha. Pero ¿la ofrecen los pastores al pueblo de Dios con esa abundancia, con la ayuda de "homilias mistagógicas" tal como recomienda el IL n. 47. Juan Pablo II nos invitaba en MND 15 a *verificar* el esfuerzo hecho en este aspecto, no sólo asegurando la proclamación de los textos bíblicos en las lenguas comprensibles, sino además destacando que la proclamación se haga "con la atención, la preparación previa, la escucha devota y el silencio meditativo necesarios para que la palabra de Dios toque la vida y la ilumine". Todavía queda mucho por hacer en lo relativo a "la recepción del Concilio, este gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio". Juan Pablo II se preguntaba en la "Tertio millenio adveniente" (= TMA) n. 36, a propósito del tema de la Palabra de Dios e invitando a un "examen de conciencia" a toda la comunidad de la Iglesia: "¿En qué medida la palabra de Dios ha llegado a ser plenamente el alma de la teología y la inspiradora de toda la existencia cristiana, como pedía la *Dei Verbum*? ¿Se vive la Liturgia (también la palabra de Dios que se proclama en ella) como 'fuente y culmen' de la vida eclesial, según las enseñanzas de la *Sacrosanctum concilium*? También es preciso evitar los riesgos que pueden darse cuando las cosas, en este punto, no se hacen bien, cf. 11. 54-55.

32 Es verdad que en ocasiones las misas son muy largas. Pero no lo son sólo porque los sacerdotes se alarguen en la homilía. En algunos casos, hay que reconocer que los sacerdotes nos alargamos, a veces por la manera de ser, porque no hemos preparado bien lo que hemos de decir o por otras muchas razones. Pero otras veces, la Misa se hace larga porque no se respeta la *estructura, el ritmo y equilibrio* de la entera "actio litúrgica" (Cf. IL n. 27 final). El *coro o los cantores* cantan sin sentido del ritmo, agotando su programa y olvidando que están al servicio de la celebración, de acuerdo con su estructura y ritmo. Ellos no son "señores" de algo que es autónomo, son servidores de algo que es parte integrante y subordinada al misterio que se celebra. Su papel empieza y termina acompañando a la "actio" concreta y, mientras ésta dura razonablemente. No es la celebración la que debe estar sometida al canto, es éste y la música los que deben estar subordinados en el *tiempo y el modo* a la celebración. Los cantores y músicos no vienen "amenizar" la Misa. La Eucaristía no tiene por qué ser "amena". La Eucaristía debe ser fructuosa y consciente. Si siendo esto también es amena y la gente experimenta que el tiempo le pasa volando, bien. Pero el canto, o se ordena a alabar a Dios comunitariamente, a ayudar a los fieles a la participación fructuosa y a la verdadera oración o no cumple con su cometido en la celebración. El *coro o el cantor* debe ayudar a cantar al pueblo que participa, no suplirle o hacerle enmudecer.

La celebración eucarística se alarga por introducir en su estructura elementos "espúreos": moniciones innecesarias, "predicaciones" fuera de sitio, elementos no integrables dentro de la Eucaristía: actos devocionales, comentarios o actuaciones que no tienen su lugar en la Misa. Incluso, a veces, con buena voluntad, pero equivocadamente se introducen: actos de agradecimiento, homenajes, poesías, etc. En realidad estamos volviendo a prácticas que hace mucho tiempo hemos criticado y teóricamente condenado. Es el nuevo "rosario" que se reza *durante* la Misa o habría que decir mejor *en* la Misa. El resultado es una *aleación o mezcla* espúrea, que termina ocultando la hermosa estructura de la "Misa de todos los siglos", que ya nos dejó hacia el año 150, el laico, filósofo y cristiano, san Justino. Cf. CCE 1345.

Pero, en honor a la verdad, debemos destacar que la Eucaristía, sobre todo la del domingo, tal como se expone en los documentos más recientes de la Iglesia no puede realizarse sino *con tiempo*. Y los pastores que se precien o se presten a celebrar misas "rápidas" no lo harán ni con el espíritu, ni la responsabilidad ni la importancia de las cosas *grandes*. Más bien *deberían recordar* lo

que el Obispo les dijo el día de su ordenación, al entregarles la patena con el pan y el cáliz con el vino yagua, signos de la Eucaristía que comenzaban a celebrar: "Agnosce quod ages, imitare quod tractabis, et vitam tuam mysterio dominicae crucis conforma" (*De ordinatione Episcopi. presbyterorum et diaconorum* n. 135). La traducción castellana dice: "Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor". (*Pontifical Romano. Ordenación del Obispo, de los presbíteros y de los diaconos* n. 135; IL 57 lo traduce así: "Date cuenta de lo que haces e imita lo que conmemoras" ...).

Personalmente pienso que es una tarea de los pastores formar e introducir suavemente a los fieles en la realidad misteriosa de la Eucaristía, de modo que con cariño y responsabilidad vayan descubriendo su importancia para la vida y, por ello, la necesidad de celebrarla con sosiego, paz y responsabilidad. Respecto a los documentos que pueden iluminar lo que decimos, cf. Juan Pablo II, *Carta Apostólica. Novo millennio ineunte al concluir el Gran Jubileo del año 2000*, Madrid 2001, nn. 35-36; *EdE* n. 30; 32; 41 MND n. 23; SP n. 8; IL n. 6; 27; 44; 70-71.

33 Cf. L nn 34-44; SP nn. 23-29; IL 48-50; cf. también, R. González Cougil, "La mistagogia de la santa Misa. Una profundización en el contenido y la simbología eucarística" en *Auriensia* 8 (2004) pp. 100-114.

34 Cf. G.L. Müller, *La Misa fuente de vida cristiana*, Madrid 2002, pp. 161-163; R. González Cougil, *o.c.*, p. 112; R. Falsini, *Invitados a la Cena del Señor. Gestos y palabras de la Misa*, Madrid 1993, pp. 66-67; J. Aldazábal, *La Plegaria eucarística 1. Catequesis. 11 Pastoral*. Dossier CPL, nn. 18 y 19; A. Catella - G. Cavagnoli, *Las plegarias eucarísticas. Análisis de los contenidos e indicaciones catequéticas*, Valencia 1990, p. 47; J. Castellano, "La plegaria eucarística de Jesús. Una aproximación litúrgica a Juan 17" en *Phase* 45 (2005) pp. 103-112.

35 Cf. SP n. 30. La alegría, sobre todo, en la Eucaristía del domingo es una de las notas destacadas y que se debe fomentar. Aquí se indica de dónde debe brotar esta alegría.

36 Todos los más recientes documentos explican de modo profundo y con expresiones lo más sencillas e inteligibles este aspecto esencial de la Eucaristía. Cf. *EdE* Cap. 1; CCE 1356-1372; 42-43; L n. 611; 22-25; SP 24; IL nn. 37-41; Véase el reciente trabajo de C. Giraudo, "1 due volti dell' Eucaristia. La dimensione sacrificiale e la dimensione conviviale" en *RL* 91 (2004) pp. 887-893; J. Rico Pavés, "Sacrificio y presencia real, ayer y hoy, desde la plegaria eucarística" en *Phase* 45 (2005) pp. 279-308.

37 Cf. nota 26 de este trabajo.

38 Puede verse en este sentido nuestros trabajos: R. González Cougil, "Vivencia y celebración de la muerte en Galicia. Reflexiones en orden a una celebración más auténtica de la muerte cristiana" en *Nava et Vetera* 12 (1981) pp. 209-237; Id., "La Misa de exequias en domingo. Un problema pastoral en Galicia" en *Phase* 31 (1991) pp. 321-328; Id., "El domingo y las fiestas. Una aportación a la armonía entre liturgia y piedad popular" en *Phase* 24 (1984) pp. 411-419; Id., "Oración por los difuntos" en *Pastorallitúrgica* 258 (2000) pp. 36-44.

39 Cf. IL 61. 40 Cf. IL 71.

41 El IL habla de una "moral cristiana" que tiene su fuente en la Eucaristía, cf. n. 72-74; de la adoración al Santísimo fuera de la Misa y el rezo de la Liturgia de las Horas, Cf. n. 75; de la vivencia de una espiritualidad eucarística al estilo de algunos santos que destacaron por ella, cf. n. 76. Cf. en este sentido: J. A. Abad, "Maestros y testigos" en Id, *Diccionario de la Eucaristía ... o.c.* 345-367. Destacó en esto, sobre todo, María, la "Mujer eucarística" por excelencia, cf. n. 77. Pero la participación auténtica en la Eucaristía dominical debe llevar a los fieles a un envío misionero y evangelizador que transforme a las personas e irradie todos los ámbitos donde actúa el cristiano: la familia, el trabajo, el descanso, la vida social, política y cultural. Es preciso poner en práctica en el mundo de hoy la *especial consigna* del "Año de la Eucaristía", que es irradiar la "cultura de la Eucaristía" (IL n. 78). Esto lleva consigo un compromiso social con los marginados y los más pobres. Ello será posible, si Cristo nos concede amar con un amor que se dona y se sacrifica por los demás, cf. n. 79; esforzándonos para que la fe se transforme en cultura y haga brotar una cultura nueva, cf. n. 80; trabajar por la paz y la unidad entre todos los hombres, cf. nn. 82-85, el ecumenismo e intercomuni3n, cf. nn. 86-87.

42 Para un estudio de los estipendios puede verse: Paulo VI, "Lettera Apostolica nella quale si stabiliscono alcuni principi fondamentali circa la facoltà per le offerte delle Messe" en *RL* (1974) pp. 710-712; P. Famés, "Los estipendios de la Misa" en *Oración de las Horas* 21 (1990) pp. 190-202; D. Mosso, "A propósito delle intenzioni di messa" en *RL* 62 (1975) pp. 538-543; Sacra Congregazione del Clero, "Decreto sulla celebrazione di Messe 'plurintenazionali' o 'collettive' con un commento di mons. G. Agustoni" en *RL* 78 (1991) pp. 112-119; "Il significato degli onorari della Messa. Riflessione del settimanale pastorale ufficiale delle diocesi svizzero-romande" en *RL* 77 (1990) 188-196; J. A. Abad, "Estipendio" en *Id, Diccionario de la Eucaristía, o.c.*, pp. 248-249.

43 IL 57. Es jugoso e importante el contenido de este número.

44 Cf. IL 42-45; Cf. también R. Falsini, *Invitados a la Cena del Señor ... a.c.* pp. 26-33; G.L. Müller, *La Misafuente de vida cristiana ... a.c.*, pp. 23-34; W. Kasper, *Sacramento de la unidad. Eucaristía e Iglesia*, Santander 2005, pp. 21-22; 31-32.

45 El IL en distintos números habla de las sombras que turban y vulneran gravemente la comunión eclesial, la grandeza y eficacia sacramental de la Eucaristía. Señalamos algunos de estos números: 27; 34; 55; 59; 63; 75; 81.

46 La bibliografía al respecto, además de la ya indicada y referida a los documentos más recientes de la Iglesia, cf. nota 29, señalaré alguna de la recientemente aparecida: *Ecclesia* n 3261 (11 junio de 2005). Es particularmente importante J.L. Bruges, "El día de los cristianos" en *Ib.* 3261 (2005) pp. 6-10; C. Floristán, "La Misa del domingo" en *Cuadernos Phase* 6 (1991) pp. 189-199; P. Famés, "Misa dominical y Misa diaria" en *Cuadernos Phase* 6 (CPL, Barcelona) pp. 33-46; B. Botte, "Las denominaciones del domingo en la tradición cristiana" en *Cuadernos Phase* 24 (CPL, Barcelona) pp. 11-32; J. Almazán, "Vivir según el domingo" en *Ib.* pp. 3-10; J. Almazán, "La celebración de la Eucaristía en la vida del sacerdote" en *Cuadernos Phase* 19, Barcelona, pp. 47-56; A. Iniesta, "El arte de presidir la Eucaristía en *Ib.*", pp. 57-74.

47 El tema, la importancia y urgencia de las *Celebraciones dominicales y festivas a la espera del sacerdote* merece una gran dedicación y todo el esfuerzo e interés. Son muchos los documentos de la Iglesia que tienen en cuenta este tema. En la DD (31-V- 1998) el n 53 se refiere a las *Asambleas dominicales sin sacerdote*, tratándolas con gran equilibrio teológico y pastoral. La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los sacramentos, le ha dedicado el interés debido y lo mismo el Secretariado Nacional de Liturgia, *Celebraciones dominicales y festivas en ausencia de presbítero*, Madrid 1992. Los documentos últimos de los Papas y de los dicasterios precisan mucho el servicio pastoral de ayuda al ministerio sacerdotal, realizado por laicos preparados, pero teniendo en cuenta los reales y posibles riesgos. Citemos los documentos siguientes: Ocho Dicasterios romanos, *Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes* (15-VIII-1997), Ciudad del Vaticano 1997. Interesan sobre todo los artículos 6-8, pp. 26-29; cf. también 21-24; *EdE* un 32-33; *SR* un 162-167; IL 54; 55. Este tema ha sido tratado en los *Cuadernos Phase* n 60 del CPL, con comentarios de P. Tena y J. López Martín. Puede verse también nuestra aportación: R. González, "Las asambleas dominicales en ausencia de presbítero (Del pasado al presente)" en *Phase* 36 (1996) pp. 145-162.

48 Cf. IL, Parte IV, los dos capítulos que tratan la Eucaristía en la misión de la Iglesia.

49 Comisión Episcopal de Liturgia, *Plan Pastoral* (2005-2008) Pro manuscrito, p 1. Dice el documento: "Reviste gran importancia el tema del *ars celebrandi*, que está en el orden del día de la asamblea plenaria, sobre el que se reflexiona a la luz de la visión teológica de la liturgia, tal como aparece en la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium*". A continuación del texto citado se aplica lo dicho "sobre todo a la celebración eucarística": *Ib.*

50 Secretariado de la Comisión Episcopal de Liturgia, *El presidente de la celebración eucarística. Directorio litúrgico pastoral*, Madrid 2004.

